

XIX

LOS ÚLTIMOS COMBATES

En dos columnas se retiraron las dispersas secciones que sobrevivieron á los combates del bosque y sus alrededores, uniéndose á las tropas de reserva de Santa Ana, tomando una por la calzada de Belén y la otra por la de la Verónica.

Santa Ana organizó esta retirada, dispuesto á resistir en las garitas occidentales de la ciudad, Belén, San Cosme y la Candelaria, apoyándose en la Ciudadela.

El general Scott había considerado que, dada la condición de nuestras tropas, después del asalto y toma de Chapultepec, debía proseguir sin pérdida de tiempo las operaciones agresivas de sus columnas contra las puertas occidentales de México, embistiéndolas con el mayor brío.

Al efecto, hizo avanzar la columna de Worth hacia el Norte, por las calzadas de la Verónica y San Cosme, en tanto que caía contra el Oriente la columna de Quittman, avanzando por la calzada de Belén. Entre estas garitas y las de Chapultepec había un reducto

sin foso en el puente de los Insurgentes; en la calzada de San Cosme: una obra defensiva — el pequeño fortín de Santo Tomás — y en la calzada que conducía á San Fernando, un pobre parapeto con malas piezas de artillería, contando todos estos puntos con guarniciones escasas, faltas de parque y careciendo de jefes que obraran bajo un plan superior determinado.

No obstante, había tras aquellas fortificaciones, á donde llegaran vencidas las tropas que en la mañana lucharan en el Oeste, ciudadanos y gente del pueblo que se presentaban espontáneamente, dispuestos á defender su honor y su Patria hasta el último trance.

Por su parte, el enemigo siguió avanzando, y la brigada de Worth fué detenida un instante por nuestra caballería, frente á Santo Tomás, verificándose breve, pero encarnizada lucha.

El general Quittman, á su vez, atacó el acueducto de Belén, soltando sus columnas sobre aquella calzada, sostenidas por baterías ligeras.

En las posiciones de la Garita de Romita, mientras la Tlaxpana resistía gallardamente, hubo serios combates; mas por desgracia nuestros ingenieros habían construido trincheras precisamente bajo los arcos de dura mampostería del portalón de entrada, lo que observado por el enemigo, hizo dirigir los fuegos de sus gruesos cañones contra las claves de los tales arcos, produciendo, como era natural, desmoronamientos feroces sobre los mismos defensores, á los que llovían enormes pedruscos, cual copiosa metralla. Bravos jefes, oficiales y soldados cayeron víctimas de la torpeza de nuestros ingenieros, acrecentando la derrota de las mexicanas fuerzas. La Garita tuvo que ser abandonada, replegándose sus tropas á la Ciuda-

dela, hacia donde el vencedor dirigió sus fuegos bombardeándola furiosamente.

En la garita de San Cosme el combate era también fatal, reinando atroz confusión entre las tropas que ocupaban en torno de la garita, cercas, casas, huertas, potreros y capillas, revolviéndose tras las zanjas, muros y trincheras, jefes, oficiales y soldados de cuerpos de línea y de Guardia Nacional, con paisanos patriotas anhelantes de lucha, deseosos de tener el orgullo de batirse; pero faltos de dirección, y sobre todo, ejecutando sus movimientos sin cohesión ni armonía. ¡Oh, inútil valor!...

La brigada del general Rangel que había estado de reserva desde la mañana, á la derecha de Chapultepec, sostuvo con brío hasta el último extremo, en la tarde, la garita de San Cosme.

El Invasor colocó frente al caserío y obras defensivas de aquella posición, á 200 metros, dos cañones de á veinticuatro y dos obuses de grueso calibre, apoyados por secciones de rifles hábilmente ocultos, principiando á desmoronar las cercas y paredes. Y, cuando ya fué imposible la defensa, avanzaron impunemente los americanos, desalojando á la fuerza mexicana la cual tuvo que ir á reconcentrarse á su vez, á la Ciudadela.

Todo había sido inútil contra aquel enemigo victorioso, que jamás atacaba sin desorganizar nuestras fuerzas, previamente, y con superior artillería. Y en efecto, sus disparos hicieron infructuosa la carga que intentó la caballería del general Torrejón, antes de que cayera la garita de San Cosme.

El general Santa Ana había intentado dirigir la defensa de San Cosme, y pasaba de una á otra garita,

de uno á otro puesto, tratando de reorganizar la defensa, hasta que, tomadas de flanco las posiciones de San Cosme, perdido el parapeto central, tuvo que dar la orden de concentración general hacia la Ciudadela al expirar la tarde siniestra de aquel 13 de septiembre de 1847!

Momentos después, los enemigos siguieron su movimiento de avance hacia la plazuela de San Fernando, cuyo Convento ocuparon, estableciéndose sólidamente en él, enfilando las calles circunvecinas con baterías respetables que en la noche saludaron amenazadoramente á la ciudad, capital de la extensa República codiciada, con algunas bombas, balas rasas de cañón y salvas de cohetes á la Congreve.

Entretanto, el general Santa Ana, en uno de los salones de la Ciudadela, reunía una Junta de Guerra á la que asistieron generales y jefes de aquel menguado jirón de ejército mexicano, reducido tras de tantos desastres y por tantas miserias, á una impotencia absoluta, enconada siniestramente por todas nuestras rencorosas pasiones políticas que ofuscaron el poder de heroica resistencia de que hubiera sido capaz nuestra Milicia!

En aquella Junta de Guerra vibró el tema solemne de la evacuación de la plaza de México por el Ejército; en ella hablaron exaltadísimos, el general Santa Ana que optó por la salida definitiva y silenciosa de las tropas, y los generales Lombardini, Alcorta y Pérez, apoyando con gran cúmulo de razones esta determinación, y el Gobernador del Estado de México, Francisco Modesto de Olaguíbel, quien manifestó que se pensara muy seriamente en el terrible cargo que podría

resultar al jefe del ejército mexicano por el abandono de la Capital, y que por lo tanto, esta cuestión debía resolverse en Palacio con asistencia de Ministros y mayor número de jefes. Por fin triunfó la determinación de Santa Ana, y el Ejército salió aquella noche sigilosamente, compuesto de unos 5,000 infantes y cerca de 4,000 hombres de caballería, intacta ésta, por no haber combatido en toda la campaña.

Así fué cómo el vecindario de México que había dormido en la creencia de que el Ejército defendería la ciudad calle por calle, según la arrogante promesa del general presidente, se encontró en poder del Enemigo invasor, al amanecer del 14 de septiembre.

¡Entonces los mexicanos comprendieron que todo estaba perdido! ¡Era un lóbrego eclipse nacional, oh Patria!

.....



EPISODIOS AISLADOS

LAS GUERRILLAS

Del grandioso cuadro de nuestra Guerra con la Nación norteamericana escapan algunos episodios relativamente aislados; pero espléndidos en heroísmo, bellos á fuerza de excelsitud marcial!

¡ Qué ejemplo el de las resistencias de algunas poblaciones abandonadas en la Frontera Norte de nuestro territorio! ¡ qué ejemplo el de su patriotismo bélico, desafiando á las poderosas tropas invasoras!

¡ Cuántas ciudades, cuántas capitales que pudieron resistir y cooperar á la gran *Defensa Nacional*, se envolvieron en un supremo y abominable egoísmo, — ¡incapaces de dar un céntimo de cobre ni una gota de sangre! — en tanto que allá en los desiertos había aldeas que se defendían hasta quedar hechas cenizas, — negras y ensangrentadas ruinas, tras refriegas atroces!....

Sin embargo — ...y, ya lo indicamos — no hay que culpar demasiado á las poblaciones mexicanas que, aisladas del teatro de la guerra, no supieron en todos

sus dolorosos estremecimientos lo que significaba la audaz Invasión norteamericana.... ¡Ni creyeron jamás que pudiesen nuestros enemigos de entonces llegar á aproximarse á la Capital de la República!....

El período de discordias y de funestas lides fratricidas, emponzoñadas por odios legendarios, no permitió en tan triste época la claridad necesaria para que los ciudadanos de *algunos* Estados comprendieran su deber.... ¡Plena ceguera!.... ¡Gran ignorancia!

Y hé aquí que vemos en el Norte organizarse rudas defensas....

Ya es en la heroica y altiva Chihuahua donde desde un principio, aunque con fatal éxito, se hacen prodigios bélicos.... ya en Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila.... ya en el Oriente, allá en las costas del Golfo, en Veracruz y en Tabasco.... ó en las playas de Occidente, en la tradicional y brava Mazatlán.... y aún, ascendiendo al Norte, hasta la Alta California se encuentran vibrantes heroísmos en las multitudes mexicanas, resistiendo como pueden el poderoso y bien combinado esfuerzo de nuestros adversarios!....

Algunos pueblos osan resistir, defendiéndose y atrincherándose valientemente en las torres de sus iglesias.... otros envían bravos jinetes armados de lanzas, machetes ó viejas escopetas, hoces y simples leños claveteados, en son de combate guerrilleresco... ¡Ó ya, en las rancherías y haciendas, se aprestan buenos *charros*, capaces de convertir sus recias y flexibles *reatas* en vivas sierpes aladas y terribles que revolotearán con silbidos de muerte, en torno de los *Rifleros yankees*, y aun sobre los más gruesos y pasmosos cañones de sus baterías....!

Oh ¡no! En esta Guerra funestamente inolvidable

para el mexicano.... faltó tiempo para hacer conducir el estremecimiento patriótico al Centro del País.

Si así hubiera sido.... ¡qué de maravillas realizarían los jinetes del Bajío, y los tremendos hijos de Jalisco, — del Estado valiente y entusiasta por excelencia, — recordando sus viejas y radiantes glorias de la época de la Independencia Nacional y de la guerra por sus legítimas libertades!....

En el Estado de Veracruz las guerrillas empezaron á tener una organización regular que prometía irse perfeccionando, si hubiesen seguido nuestros caudillos, con energía, la defensa patria!.... ¡Pero la corrupción del futuro *Alteza Serenisima* todo lo gangrenaba en torno suyo.... — Era activo : no descansaba.... tenía impulsos de gran capitán genial.... pero para desvanecerse en humo la magia de *su genio*....

Sin embargo, bastante daño lograron hacer aquellas guerrillas veracruzanas á nuestros contrarios. Incurrieron al Estado de Puebla y á veces con tal éxito y audacia, que bajo los fuegos del fuerte de Loreto, ocupado por los americanos, entraron á la ciudad, sacando de los cuarteles enemigos gran cantidad de mulas, equipo, víveres y dinero.

Asaltaban cautelosamente los convoyes del enemigo.... lo hostilizaban en sus líneas de comunicación; le preparaban lazos ingeniosos y le abrumaban con sus *albazos* inexperados, haciéndose temibles....

¡Las represalias tuvieron que ser atroces! Nuestros adversarios, rabiosos, impusieron multas exorbitantes y mortales castigos á nuestros pobres arrieros y campesinos para vengar sus desastres!.... Mas no por ello cejaron los patriotas.

Sería imposible trazar todas las magníficas escenas de heroísmo, desarrolladas por aquellos audaces guerrilleros veracruzanos. Los fronterizos rivalizaron en audacia. Como un ejemplo, — perfectamente semejante á otros muchos que reflejan los sucesos acaecidos en pueblos de la Frontera del Norte, — vamos á delinear con breves detalles la resistencia efectuada allá en un oscuro rincón de la Sierra.

Habían llegado á ella algunos Jefes mexicanos, dispersos tras nuestras primeras derrotas; pero alentando bríos dignos de sus almas excelsas.... Hablan á los selváticos habitantes... y recordando al eterno Hidalgo, alientan la población con el estandarte de la Virgen del Tepeyac...

¡Qué vibrante entusiasmo en el pueblo de San José!... Entonces un guerrillero — Suárez — muy querido en la localidad, organiza su defensa ante una columna americana expedicionaria que se aproxima amenazadora, tratando de entrar al pueblo impunemente.

— ¡Viva México, viva Nuestra Señora de Guadalupe! ¡María Santísima nos ampare! — exclamaron algunos rancheros.

— ¡Viva México! — tronó la voz estentórea de Suárez el guerrillero!

Y retumbó entonces inmenso griterío de hombres, mujeres y niños, todo el pueblo de San José ordenado en masa en el atrio de la iglesia.

En aquel mismo instante se oyó el estampido del cañón norteamericano.

Y la avalancha humana se precipitó furiosamente á través de la pequeña plaza, entre los árboles, desembocando luego por la callejuela Norte.

Iban por fin á romper el cerco que el Mayor Stephen-

son había aferrado al pueblo, batiendo la iglesia con el fuego acompasado y terrible de sus dos cañones ligeros; iban por fin á precipitarse sobre el bárbaro enemigo que intentaba destruir á San José desde lejos, sin peligro para los sitiadores, sin tener que derramar una sola gota de sangre sajona!

Marchaban á vanguardia dos pelotones de jinetes armados con lanzas, con un frente de cinco hombres á caballo y un fondo de seis. En seguida sobre mulas, viejos caballos y asnos, ó cargados por robustos ganaderos del pueblo, las mujeres, los ancianos y los niños arreando bueyes y carneros, arrastrando carretas, seguidos de los fieles perros, en un montón confuso de tribu arrojada de sus lares.

Al frente de aquel humano montón, lanzado á todo correr, iba sobre un potro aún no bien domado el joven sacristán de la iglesia, el cual llevaba atada á su cuerpo y al de su cabalgadura la lanza en cuya punta flotaba el lienzo tricolor con la imagen de la Virgen de Guadalupe.

Cincuenta guerrilleros de los mejores, armados con lanza, machete y reata, con el mismo Suárez á su frente, cerraban la columna.

Y todos, todos sin excepción, guerrilleros, y mujeres, viejos y niños gritaban terriblemente, animados en el vértigo huracanado de su carrera :

— ¡Viva México, viva la Virgen de Guadalupe! Relinchaban los caballos, ladraban los perros y los nobles toros mugían azorados, heridos por la garrocha de los ganaderos, también armados de viejos machetes....

Las mujeres levantaban al cielo sus brazos, en tanto que al viento flotaba la bandera nacional con la Virgen de los Mexicanos.

El enemigo no tuvo tiempo para enfilear aquella masa humana al atravesar la callejuela.

Tres minutos después de la partida del atrio de la iglesia desembocaba en el campo, ya al abrigo de una colina tras de la cual se hallaba el cañón y dos compañías americanas desplegadas á lo lejos.

Entonces fué cuando los pelotones de guerrilleros de la vanguardia aumentaron su parte dispersándose en un gran espacio, veinte jinetes de retaguardia avanzaron á proteger el flanco derecho de la masa de gente del pueblo, en tanto que diez cubrieron el flanco izquierdo, menos expuesto.

Sin duda el mayor Stephenson no esperaba tan temeraria salida en masa y debió permanecer estupefacto algunos instantes, pues no se movió.

Hasta que al fin el cañón, con diversa puntería, atronó el espacio, dominando la espantosa gritería, y su bala, pasando á tres centímetros de las cabezas de las jinetes, fué á estrellarse contra las tapias de una huerta lejana, en lo alto de una colina.

Después fueron las descargas de la fusilería enemiga. Una compañía cerraba el paso á los mexicanos.

El combate principió. Los primeros jinetes se lanzaron aullando sobre los infantes enemigos con la bayoneta calada.

Y entonces fué cuando las lanzas mexicanas no se dieron punto de descanso para atravesar pechos extranjeros, pasando de uno á otro, evolucionando prodigiosamente con sus pequeños caballos que parecían tener alas; y entonces los ganaderos del pueblo, que sólo tenían reatas, las lanzaban al aire serpenteando pavorosamente y cayendo sobre los grupos de soldados enemigos á los que derribaba y arrollaba luego.

¡Oh! las reatas mexicanas de aquellos rudos ganaderos coahuilenses! El estruendo era atroz, el humo envolvía el combate. Un pánico siniestro recorría las filas del extranjero al ver volar aquellas serpientes que los sujetaban sin saber cómo con nudos trágicos.

Y Suárez en su yegua retinta pequeña y agilísima, iba manejando su gran lanza delgada y aguda.

Su voz tronaba destacándose entre el traqueo de la fusilería.

— Á ver, *Culobrotas, Chato, Margareño, Chucho y tú, Sapo...* á las reatas y á lazar el cañón! — gritó el caudillo.

Y cuando tras la colina que había á la entrada del Pueblo se rehicieron diez á doce jinetes, mientras se alejaban por la izquierda las gentes inútiles del pueblo, acometieron los lazadores presididos por un grupo de lanceros.

Tronó el cañón y quedaron algunos cadáveres de hombres y caballos en un montón rojo y negro, circundado de humo y polvo...

— ¡ Viva México! ¡ Viva la Virgen de Guadalupe!... Y, ¡ ya están sobre el cañón!

Terribles en sus altos frisonos negros los dragones americanos cargan contra los guerrilleros; pero éstos al recibirlos *quiebran* rápidamente sus caballos, esquivan los ágiles mexicanos á los fuertes yankees, les toman la retaguardia y los matan á machetazos por la espalda, por los hombros, sobre el cuello, por donde cae la pesada masa.

¡ Y al fin desenróllase en lo alto, sobre las cabezas de los combatientes una reata y cae sobre el cuello del cañón, haciéndolo girar en el momento en que iba á hacer fuego.... y dispara... pero ha disparado

sobre el flanco de las compañías americanas y su bala rasa enfla un sinnúmero de hombres que caen segados como por hoz formidable!

— ¡ Viva México! — ruge Suárez.

— ¡ Otras reatas! ¡ otras reatas! — gritan los mexicanos entusiasmados.

Y el pánico del enemigo ante aquel disparo hizo abandonar su cañón.

Y mientras se rehacían y llegaban las otras fuerzas americanas, Suárez ganó el Sur, pródigo entonces en recursos, escoltando á la heroica población de San José, que fué á adorar en un hueco de la Sierra á su querida y salvadora Virgen de Guadalupe.

¡ Se habían evocado espléndidamente las glorias de la Guerra de nuestra Independencia!

Tal es la tradicional y bella narración que caracteriza magníficamente la resistencia potente que algunos pueblos del Norte y de la Costa hicieron á nuestros Invasores. ¡ Como ella hay cien iguales... ignoradas para siempre!



XXI

EPISODIOS AISLADOS

SEGUNDA PARTE

El General Urrea hizo milagros con sus guerrillas... De Victoria se lanza al Estado de Nuevo León, persiguiendo al enemigo en sus retaguardias y escapándole ágilmente, á tiempo, entre Matamoros y Monterrey, asaltando sus convoyes con éxito, propagando el sistema de guerra que es más adecuado para una nación pobre invadida por superiores ejércitos! ¡ La Guerra de Guerrillas!...

En Huamantla brillan actos heroicos... ¡ bravías luchas! — y más hacia el Sur, Tabasco resiste á la escuadrilla norteamericana haciéndola retroceder, tras encarnizadas escenas bélicas en que la sangre enrojeció el río y el mar!...

Igual energía terrible pudo haber en todas las ciudades mexicanas ante la Invasión...

Y ya vimos cómo la misma Capital de la República supo vindicarse de sus vergonzosos enredos políticos tan fatales á su decoro, cuando engreída creía im-